

# Visiones tras los apocalipsis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas



Nota introductoria y traducción  
de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2021

Si abandonamos el terreno del mito y prescindimos también de las visiones del fin inspiradas en la ciencia (cataclismos cósmicos, entropía, etc.) para volver nuestra mirada hacia la historia de la humanidad, el apocalipsis, completo o no, puede dejar de ser un acontecimiento único de categoría mítica, situado en un pasado ahistórico o en un futuro que lo es igualmente, para convertirse en una sucesión geográfica y cronológica de catástrofes apocalípticas localizadas. Cada una de ellas entraña la desaparición de una civilización, a menudo con gran parte de sus habitantes o con todos ellos. Para estas personas, el fin de *su* mundo ha tenido lugar efectivamente, aunque algunas de ellas sobrevivan en un marco cultural esencialmente alterado y otras, en un futuro más o menos lejano, contemplarán los vestigios de aquel mundo e indagarán sobre la historia de la civilización desaparecida, de modo que hay tanto un *antes* como un *después* de la destrucción.

Esta mirada retrospectiva hecha desde un planteamiento prospectivo cobró nueva actualidad en la segunda mitad del siglo XIX, cuando a la enorme expansión económica y geopolítica de Europa y de algunas de sus dependencias lingüísticas

acompañó paradójicamente un sentimiento difuso de *decadencia*, que inspiró las expresiones estéticas del llamado período decadentista, que cabe situar entre el final de la experiencia revolucionaria de la Comuna de París en 1871 y el estallido de la Gran Guerra en 1914. La sensación de estar viviendo el final de una civilización hizo a muchos escritores volver la mirada al declive y caída del imperio romano, con todas sus supuestas perversiones que habían propiciado su acabamiento, según numerosas narraciones arqueológicas decadentistas. Otra manera de recalcar el carácter transitorio de la civilización contemporánea era imaginarla en ruinas, unas ruinas que contemplaría un arqueólogo del futuro a la búsqueda de vestigios que contribuyeran a explicarla, por ejemplo, a la manera irónica de Alfred Franklin (1830-1917) en *Les ruines de Paris en 4875* [*Las ruinas de París en el año 4875*] (1875).

Este procedimiento fictocientífico coincidió en la época con otro que podríamos considerar épico-fantástico, ya que se basaba en la creación de un mundo secundario ficcional consistente en una ciudad o edificio en ruinas sin un referente claro en nuestro mundo primario o fenoménico.



## Visiones tras los apocalipsis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

Estas ruinas constituyen el tema y el objeto de la focalización de la descripción o la narración. De acuerdo con la larga tradición europea de la poesía en torno a las ruinas, fue la descripción el discurso preferido al principio para la configuración de las ficciones con este tema. Así ocurre en el primer gran poema épico-fantástico de este tipo que vio la luz en este período, el titulado «La visión des ruines» [*Visión de las ruinas*], que el joven y futuro gran novelista Anatole France (1844-1924) incluyó en su colección poética *Les poèmes dorés* [Poemas dorados] (1873)<sup>1</sup>. Las ruinas ahí descritas podrían pertenecer a un París abandonado y destruido, tal y como pueden indicar la topografía de la ciudad, con su río que rodea una isla y la presencia en ella de un edificio que evoca la catedral de Nuestra Señora de la capital francesa, también situada en un islote fluvial. También sirve de indicio de ello el pasaje en el que poeta abandona su actitud parnasiana de rechazo de toda función literaria que no sea la propiamente estética al sugerir que la ruina de la ciudad se debe a sus vicios, especialmente los sexuales, de acuerdo con el vínculo, entonces estereotipado, entre lo que se tenía por costumbres depravadas y la supuesta decadencia de la civilización contemporánea, sobre todo de la capital francesa, a la que acudían burgueses y aristócratas de todo el mundo para encanallarse y disfrutar de su rica vida nocturna y erótica. Sin embargo, este poema de France mantiene la vaguedad suficiente como para no perder su valor de especulación de amplio alcance. De hecho, el propio eclecticismo de los vestigios, entre los que hay templos con figuras de ninfas danzantes, pero

también imágenes de ángeles, magos, vírgenes y reyes, sugiere que nos encontramos ante un mundo secundario inventado, parecido a un París postapocalíptico. Con todo, se trata más bien de una ciudad inexistente fuera de la fantasía, a cuyas ruinas se confía la misión de representar simbólicamente el final de una civilización impresionante desde el punto de vista de sus creaciones artísticas y, al mismo tiempo, llena de impiedad, por lo que el final apocalíptico que dio lugar a las ruinas parecería merecido. De esta manera, al ocultarse su probable referente parisiense, France consigue que las ruinas salgan de la historia para acceder a la dimensión fantástica del símbolo, sin renunciar por ello a la verosimilitud racional y arqueológica de su visión. De hecho, no hay nada en ella que eluda las leyes naturales de nuestro universo o, al menos, de la historia humana conocida o conjeturada gracias a los avances coetáneos de la Paleontología y la Arqueología.

Desde este punto de vista, aún más verosímil parece la ciudad arruinada que da título a «La Ville ruinée» [*La ciudad arruinada*], de Auguste Angellier (1848-1911), uno de los últimos «episodios» [episodios] de la serie *Dans la lumière antique* [Bajo la luz antigua] (1908-1909)<sup>2</sup>. Se trata de un poema narrativo que cuenta con detalle la progresiva pérdida de actividad económica de una imaginaria ciudad costera independiente, el consiguiente empobrecimiento de sus habitantes y la dolorosa emigración de estos a otras regiones, de manera que la ciudad queda abandonada a los elementos hasta su ruina. La ciudad tenía su propia civilización, incluidos sus propios dioses, y había tenido los

<sup>1</sup> El texto de la traducción que sigue se basa en la primera edición de este libro: Anatole France, «La vision des ruines», *Les poèmes dorés*, Paris, Alphonse Lemerre, 1873, pp. 41-46.

<sup>2</sup> La traducción se basa en la edición original: Auguste Angellier, «La ville ruinée», *Dans la lumière antique: Les épisodes (seconde partie)*, Paris, Hachette et C<sup>ie</sup>, 1909, pp. 94-104.



## Visiones tras los apoclipisis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

altibajos bélicos habituales en las ciudades-estado antiguas, pero su destrucción se había debido simplemente a la inercia y la entropía natural, hasta caer en un olvido tal que ni su nombre consta. De este modo, podría servir de ejemplo inmejorable del «ciclo de decadencia y de decrepitudes» que este poema ilustra con un alto grado de verosimilitud, siguiendo procesos conocidos de civilizaciones similares de la historia humana.

Aun aprovechando los conocimientos aportados por la Arqueología, hubo otros textos decadentistas en los que las ruinas remitían a unas épocas fabulosas, cuando lo sobrenatural se manifestaba realmente. Así ocurre, por ejemplo, en un poema sobre un tipo de edificios que, por ser morada de la divinidad, podían hacer admitir mejor la existencia y actuación de entes sobrehumanos. En el soneto de Arturo Graf (1848-1913) titulado «Tempio distrutto» [*Templo destruido*] y publicado en su libro *Le Danaidi* (1897, con versión ampliada en 1905)<sup>3</sup>, unas pobres piedras dispersas en una altura son lo único que queda del templo. Allí se rendía culto a un numen en una época pretérita y lejana, cuando la Naturaleza (con mayúscula inicial que la diviniza) oía los ruegos de los seres humanos, cosa que rara vez ha hecho después, en los tiempos históricos. No obstante, esta velada alusión a una época fabulosa más allá de la (pre)historia documentada por la Arqueología o la Filología es prácticamente el único indicio de un mundo secundario épico-fantástico de orden sobrenatural. La alusión a los ritos y sacrificios incruentos que se celebraban en el templo sugieren un pasado más feliz en el que la humanidad estaba protegida

por los dioses y la Naturaleza, viviendo en armonía con esta última. De esa época solo quedan las ruinas, signo de los decadentes tiempos contemporáneos.

Un espíritu nostálgico similar, por el que se contraponen de forma implícita un mundo secundario dichoso a la triste realidad actual, baña el poema en verso libre «Cetatea moartă» [*La ciudad muerta*], de Alexandru Petroff (seudónimo de Dumitru Theodorescu, 1885-1940), publicado póstumamente en una antología de poesía decadentista rumana en 1943<sup>4</sup>. No obstante, su cosmovisión plenamente decadentista hace pensar que se escribió a principios del siglo XX, cuando su autor tuvo mayor actividad literaria pública. Su poética simbolista corresponde a la que se encontraba en auge en aquellos años y estas se oponen al objetivismo parnasiano patente en el tratamiento del tema de las ruinas por France, Angellier y Graf. Petroff adopta un planteamiento más lírico, ya que la voz poética se dirige, empleando la segunda persona verbal, a la ciudad muerta del título, declarándole el dolor y la tristeza que le suscitan sus ruinas, entre cuyas piedras crecen raquílicas hierbas y anidan tan solo las salamandras. En su mente, revive su pretérito de urbe portuaria con toda la animación de los navíos que fondeaban en ella, imaginando que también la visita de esta forma, pero se trata solo de una visión que acaba resultando, más que el recuerdo que aparenta ser, una mera ilusión personal, un «sueño engañoso» que reside en el propio yo.

Este sueño cobra aún mayor protagonismo en «Ruínas» [*Ruinas*], un interesante soneto del poeta portugués António

<sup>3</sup> Esta edición definitiva aporta el texto original traducido abajo: Arturo Graf, «Tempio distrutto», *Le Danaidi*, Torino, Ermanno Loescher, 1905, p. 14.

<sup>4</sup> El texto que sigue la traducción castellana es el de una antología posterior: Alexandru Petroff, «Cetatea moartă», *Climat poetic simbolist*, ediție, prefață și note de Mircea Scarlat, București, Minerva, 1987, pp. 127-128.



## Visiones tras los apocalipsis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

Feijó (1859-1917) publicado póstumamente en 1981<sup>5</sup>. Esas ruinas son las de una fortaleza batida por el mar de cuyas heroicas glorias militares no quedan más que torres que se derrumban. No se indica en ningún momento ni su ubicación ni su época. Tan solo se sugiere que pertenecen a unos tiempos de pasado esplendor. Sin embargo, su función no es tanto la de dar idea de lo pasajero de la civilización como la de servir de símbolo de un estado emocional presentado en términos universales. En el último terceto, los restos caídos se comparan a un corazón que sigue latiendo pese a la frustración de sus ilusiones. Las de la fortaleza son realmente las ruinas del Sueño, con una significativa mayúscula inicial que sirve para designar un concepto general más que un sentimiento estrictamente personal.

Pese al subjetivismo de estos dos últimos poemas, las ruinas imponen en ellos

su propia presencia. Su materialidad queda resaltada por las imágenes sensoriales que les confieren notable visualidad, como ocurre en un pasaje en el que Petroff describe unos islotes sedimentarios petrificados en la desolación de unas aguas opacas y pesadas como la pez. De esta manera, la visión fantástica de unas ruinas sin referentes reales directos produce mundos secundarios épico-fantásticos que sostienen la perspectiva lírica, al igual que lo hacen con la más paisajística y exterior de France y Angellier. En todos los casos, las ruinas son las imágenes del proceso histórico universal de la decadencia hasta su consumación, tras la cual solo quedan los tristes restos que se describen. Así se combinan ficción épico-fantástica no sobrenatural y visión postapocalíptica para anunciar, recurriendo a la analogía y la estética de lo sublime, el destino que acecha a toda civilización, incluida la nuestra.

---

<sup>5</sup> Se trata de la edición utilizada para la traducción castellana: António Feijó, «Ruínas», *Sol de inverno seguido de vinte poesias inéditas*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa de Moeda, 1981, p. 142.

Anatole France

## La visión de las ruinas

El río que, libre y tranquilo, arrastra sus margas y sus aguas en medio de las pálidas cañas estrecha entre sus brazos una larga isla. Esta parece un navío encallado por alguna aventura heroica y que ha perdido su forma y naturaleza, cual durmiente entregado al olvido.

El grito rauco y el vuelo de las grullas perforan las nubes macilentas; los cisnes y los verdes patos nadan siguiendo la corriente acrecida.

En la isla, un pórtico y dos torres, retiro familiar a los búhos, erigen bajo el musgo y la hiedra sus perfiles negros, dudosos y pesados.

Delgadas figuras de piedra yacientes entre el espesor de los lirios, con las manos juntas, siguen en paz el sueño que cierra sus párpados.

Todos aquellos cuyas imágenes roe lentamente el viento del norte, ángeles y reyes, vírgenes y magos, amaron abundantemente la muerte, pues la rigidez de su estatura y la aridez de su carne hacen ver el gran valor que concedieron a aspirar al sepulcro.

No quedará turbado en mucho tiempo el silencio de la isla santa: se ha derrumbado el arco de los puentes en el río que la ciñe.

¿Acaso no es esa la ruda cuna de la grande y hermosa ciudad que, más adelante, se asentó voluptuosamente en estas soledades? Pero la tierra avara ha reco-

brado las piedras de los muelles y las calles, y las moradas desaparecidas yacen bajo los túmulos en flor.

Al sur de la isla, un montón confuso de muros, capiteles y fustes corona las laderas de una colina donde se inclinan las tuyas.

Por la noche croan las ciénagas. Hacia el oeste, a lo lejos en la verde llanura, se alza una puerta abierta contra el cielo lluvioso y negro.

Esculpidos en las paredes triunfales, hombres, bueyes, caballos evocan las antiguas labores y se rompen al choque de las ráfagas.

Y hacia el norte, aunque menos lejos, suenan lánguidamente al viento candelabros, balaustres, losas, escaleras, muros en largos dédalos, ruinas de un templo donde cuelgan liras con clavijas de oro, donde los pies de ninfas aún danzan en gozosos delirios.

Muda, la casa de los Reyes descansa, como una viuda, en la orilla derecha del río, entre los nenúfares fríos y blancos; mira las joyas que le quedan en las aguas descoloridas, y desparrama sus reales collares cuajados de iniciales y emblemas.

En un pabellón, las palideces de la luna, al borde una nube, animan una forma desnuda que sonríe y esparce flores. Es el cuerpo de una mujer en cuclillas, un cuerpo lascivo, joven y cansado que acarició sin duda la mirada de un siglo impío.

Arturo Graf

## Templo destruido

Esta altura veteadas de enjutos codesos, lentas retamas y labiérnagos ya fue sacra a un numen, cuando Natura oía los votos de la humana estirpe.

Entonces crecía la selva oscura formando espesura en torno al díptero fulgente, y de aquella llambria brotaba un manantial de pura y límpida agua lustral.

Y aquí al nuevo sol traían los coros de las danzantes la alegre ofrenda de los blancos panes y las perfumadas flores.

Ahora la luna desierta contempla el monte miserable y vacío y, entre los barrancos y los hoyos, las sagradas piedras abajo diseminadas por la pendiente.

Auguste Angellier

## La ciudad arruinada

De la orgullosa, rica y poderosa ciudad cuyas flotas singlaban a lo lejos no ha quedado, a la orilla del mar, más que una acrópolis árida, cuyos lienzos de muralla marcan el recinto vacío. A veces un pastor hace pacer allí un rebaño mientras engaña su soledad tocando el caramillo. Entre los grandes cardos y los arbustos de espino, la víbora desaparece bajo los bloques dispersos. En sus grietas, más arriba, pululan los lagartos y sus huecos sirven de madriguera a los zorros. A veces pasan los lobos o se reposan las águilas, y cuando verdea la tarde, la lechuza taciturna llena los ecos con su ulular. El puerto antaño famoso, vasta colmena que enjambraba hacia tráficos lejanos o hacia las colonias sus grandes vuelos de navíos con velas tostadas y hacia donde volvían otros vuelos de los mares, es ya solo un estuario de riberas desiertas que, prolongando sus aguas amarilleadas en marismas, frecuentan las garzas y las aves de paso.

Aunque no le faltaron asaltos y asedios, aunque más de un incendio ennegreció sus arcos y más de un saqueo rompió sus estatuas, aunque el fragor de sus torres desplomadas removió los huesos de los antepasados durmientes y aunque el sacrificio a Dioses enemigos insultó a sus Dioses protectores en sus templos, su nombre no figura inscrito entre los grandes ejemplos de aquellas ciudades que un día de matanza y sangre, al pasar entre clamores inmensos de desesperación, dejó derribadas para siempre en el silencio. Es una de esas ciudades que un declive continuo y la mano del Tiempo han borrado lentamente. La vida disminuyó por grados entristecedores, hubo menos trabajo y menos claras empresas: llega la inercia allí donde se hunde el éxito junto con la

seguridad y la esperanza, y con esta se hunde la fuerza y el gusto de la voluntad, de cuya muerte nacen los hastíos, ¡ciclo de decadencia y de decrepitudes!

Entonces empezó la gran ruina. Las almenas de la muralla colmaron el foso. Aquí y allá se torcía y venía abajo una arca que no se volvía a construir; a lo largo de una fachada, las grietas cruzaban y hendían la casa. En los templos desatendidos, un fragmento de frontón caía sobre los escalones, rompiéndolos, y a los pies de los fustes yacían trozos de voluta. A intervalos, y con más frecuencia por la noche debido al silencio, se oía el ruido de una pared que se derrumbaba y se marchaban quienes vivían en la calle obstruida, pues todos los habitantes, cada vez menos numerosos, al encontrar más casas que las que necesitaban, huían de los lugares donde el abandono los dejaba aislados y se iban juntando en torno a la acrópolis y a templos sin puertas con el altar apagado. Su pobre rebaño, cada día más estrechado por un círculo invasor de muerte y ruina, entorpecido por lo que se acaba, también decaía por la esterilidad. En los suburbios, en el puerto devastado, veían extenderse, a lo largo de todo un horizonte, los restos de antiguos edificios de labor o de comercio rotos y derribados por una larga ruina. Quienes se habían quedado vivían como proscritos, fuera de todo; tenían que abrirse paso entre los escombros para llegar al campo y a las tierras de labor, que permanecían infecundas. Allí no se podían guardar ni rebaño ni cosechas: merodeaban los saqueadores y ya vivían fieras entre las ruinas que, por la noche, entre las sombras, hacían peligroso regresar a la ciudad. Ningún ser humano, de ningún sitio y en ningún



## Visiones tras los apocalipsis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

momento, se acercaba a ellos, ni siquiera un buhonero apoyado en su vara, ni siquiera un mendigo para pedir limosna. Su ruina vegetaba cada vez más estrecha alrededor del gran foro, que habían labrado para sacar algo de centeno y legumbres. Un último herrero, sobre el último yunque, componía alguna herramienta, herrero último sin aprendices. Todos sentían que iban a extinguirse como un fuego. Los ancianos en quienes muere la necesidad de quejarse parecían aceptarlo, pero los varones, menos cansados, cuyas esposas llevaban en los brazos un niño y que conservaban para este la voluntad de vivir, decidieron por fin abandonar la ciudad, prometiendo su apoyo a quien quisiera seguirlos. Y ese resto de pueblo, incitado por sus voces, tras haber votado por el éxodo en los comicios supremos, llevó para los últimos y pobres sacrificios los últimos y flacos bueyes a los altares carcomidos de los Dioses, de los pálidos Dioses que no volverían a invocar y que abandonar parecía un sacrilegio. Tan solo algunos de esos ancianos de cabezas nevadas, que ya no tenían ni hijos ni nietos, dijeron, sordamente y entre sollozos sofocantes, que preferían acabar en sus moradas los pocos días tal vez u, ojalá, las horas que les quedaban por vivir; y pese a los largos clamores de ruego unánime y las palabras enternecidas de quienes los cogían de la mano para obligarlos, quisieron terminar de morir cerca de los Dioses. Se colocó a su lado, al partir, lo que cada uno aportó tomándolo de su parte, algunos sacos de harina y jarras de aceite, mientras volvían a cerrar, en su rostro inmóvil que la horrible desesperación envejecía aún más, sus pobres ojos llorosos para no ver. El sonido de una bocina puso en marcha a la multitud. Cuando los que la escoltaban, al doblar el último arco, volvieron la mirada, los ancianos, sentados en su banco, habían dejado caer sus blancas frentes

entre sus manos y uno, tendido delante de su asiento, parecía muerto.

Subiendo y bajando por los escombros, la comitiva, entre sollozos, atravesó barrios despoblados desde hacía mucho, algunos casi intactos, otros derrumbados por completo y en los cuales parecía que los árboles se habían juntado para desencajar los mármoles. Tras descender penosamente hasta el puerto, ganó la otra orilla sobre el puente que quedaba, allí donde había aún suburbios que se extendían sin límite. De construcción endeble y habitados por la plebe, son los primeros en caer tan pronto como se abandonan; estaban recubiertos de arbustos y de matorrales. A veces se veían, entre las cuatro paredes de las casuchas sin techo, montones de maleza que crecían por los agujeros e impedían la entrada. Más lejos y para rematar el duelo, encontraron el camino de las tumbas que guardaban a los antepasados. Tras detenerse la comitiva, dos viejos sacerdotes hicieron una libación de un poco de aceite y vino para los muertos gloriosos, cuyos nombres borrados se buscarían en vano en las estelas agrietadas.

Entonces se abrió la extensión de una áspera landa, cuyas largas ondulaciones cubrían bajos matorrales que separaban entre ellos vastas llanuras, cruzadas por lentos arroyos y negras ciénagas por donde galopaban bueyes salvajes a saltos fogosos. El vuelo de los gavilanes rayaba el cielo. Sorprendidos por esos ruidos desconocidos, aparecían en las rocas, por todos lados, lince, grupos de chacales o alguna hiena inmunda que asomaba su cabeza obscena por el borde de su agujero. El sol, rojizo en aquellos horizontes desnudos, que aun bajo su mirada permanecían duros y fúnebres, iba a entregarlos a las tinieblas al abandonarlos; la angustia de la



## Visiones tras los apoclipisis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

noche invadía los corazones. Los desgraciados presentían la cercanía del terror: por primera vez, perdidos en plena extensión, la inmensidad del vacío era una amenaza y sus miembros temblaban por falta de refugio; la bruma llenaba cada hueco en sombra. Sin embargo, avanzaban con valor; a la cabeza, la tropa de los más fuertes iba armada y lista para los encuentros con hombres o fieras hambrientas; la comitiva de atrás la cerraban también otros que sabrían combatir y defenderla. Entre ambas escoltas, la marcha hacía dilatarse unas veces y otras estrecharse todo un pueblo confuso de vírgenes, ancianos y niños cogidos de la mano del abuelo, y también de madres sublimes, capaces de atravesar los abismos con su tesoro dormido, el querido bebé, sin otra ansiedad que la de ver si se agotará pronto la leche en su pobre pecho, cuando su seno sentirá abrirse la mano mimosa. Solo ellas sonreían a veces al caminar. En medio, los sacerdotes salmodiaban un canto mientras llevaban vasijas llenas de la tierra natal. Bajo el resplandor sangriento, oblicuo y vespertino, iniciaban así el camino aventurado en el que más de uno caería muerto de fatiga y hambre.

La comitiva alcanzó la cumbre de una colina, tras la cual la ladera inclinada les iba a hurtar de súbito el querido y sagrado suelo. Para el inmenso y supremo adiós desesperado, en un arrebatado de amor que cubrió sus zozobras, prendieron en sus ojos arrasados de lágrimas su ciudad aún bella bajo los rayos del ocaso, blanca en torno a su roca y sobre las largas cuevas. Un viejo sacerdote oró; sonaron sollozos y luego los grupos descendieron por la otra vertiente. Allí abajo, invisibles, se extendían las montañas lejanas, más allá de las cuales había, quizás, otros destinos.

¡Qué noche vino a abrazar, tras aquel crepúsculo, esas paredes donde termina-

ban de apagarse los hogares que ninguna mano volvería a encender nunca!

Largos siglos han visto derruirse la ciudad: se borraron las carreteras que a ella conducían y lejos de ella pasaron los caminos de las naciones; el mar demolió sus malecones y sus muelles, cuyos restos se marcan aún bajo las aguas, cayeron los templos sobre las plazas públicas; se derrumbaron los pórticos alrededor del foro; se hundió el puente en el río encenegado y se quebró la muralla en desmembrados lienzos. Las tormentas y la lluvia, cavando torrenteras con sus trombas de agua, arruinaron las ruinas; clavando sus estragos en el suelo desnudo, arrastrando el terreno con sus aguas derrubidas, disgregando la roca y diluyendo la arcilla, arrancando los pesados bloques como débil arena, ensanchaban su lecho bajo los cimientos más profundos y unidos por las argamasas más duras. Los muros permanecían en pie colgantes sobre el vacío; minados cada vez más por la pérfida labor, caían de golpe, rotos. Pero el torrente agrandado por su derrumbe, exasperado contra ellos, arrastraba, golpeaba, desgastaba, bajo sombras más cortas, los fragmentos, haciéndolos pedazos y de los pedazos, cascotes. Y, volviendo guijarros la cara de los dioses, transportaba sus escombros hasta el río fangoso. Ese es el sino de los montes privados de vegetación, de bosques, de matorrales por el desgaste invisible, por la eterna labor de los obstinados arroyos. Ya solo pueden mostrar rocas desnudas; su granito mismo acaba roído, muere y se desmorona, y la montaña se deshace en el lago profundo. Las torrenteras se acercaban, se unían por todas partes a las dos orillas sobre las que colgaban muros inseguros, y la ciudad caía en esas enormes brechas. Después, cuando llegaban las largas estaciones secas, y el fuego y las llamas de los veranos



## Visiones tras los apoclipis: cuatro poemas épico-fantásticos sobre ruinas

devoradores cuyo ardor calcinaba los mármolés desmoronados, grandes torbellinos blancos arrastraban su polvo y a veces los azotaban los martillos del rayo.

El nombre mismo de la ciudad ha desaparecido. Una caravana atraviesa a ve-

ces el desierto de alrededor, acrecentado por los siglos; en el estuario muerto, una tartana fondea a veces y zarpa al amanecer. ¡Y nada habla ya de un gran imperio extinguido!

Alexandru Petroff

## La ciudad muerta

¡Cuánto has cambiado, qué vista tan triste y tan doliente, oh, tan doliente! El viento abrumador quema tu extensión, antaño tan florida, y tu cielo, en lo alto, es solo nube.

Eres ruina, toda ruina; bajo la mano implacable del tiempo te has desmoronado piedra a piedra, y en los pesados rompimientos de escorias y cascotes solo la salamandra hace su nido, con la cabeza acurrucada en almohadones de hierbas aplastadas, crecidas al azar entre las ruinas silenciosas.

Las mejanas se han petrificado en la trágica desolación de las aguas opacas de pesada pez, donde nunca se reflejará más mi rostro, mi corazón.

Y, con todo, el estremecimiento del recuerdo que bate la cuaderna de mi viejo batel errante me lleva de vez en cuando a tu puerto difunto, donde tantas naves se guarecían antaño, con canciones juguetonas que ascendían hacia el firmamento luminoso, con tantas caras que brillaban al sol y guedejas rebeldes ondeando al viento que veo yo por turno, oh, que vuelvo a ver todas en mi mente.

Y, siempre en la pálida puesta de sol, cuando mi batel despliega la vela de partida del puerto durmiente, doblo humilde una rodilla ante tu tristeza, donde te ha proscrito un sueño engañoso, perdido — en mí.

António Feijó

## Ruinas

Abrupta fortaleza erguida sobre la roca que el mar en furia excava y el oleaje atropella, la Flor del Heroísmo brota de esas ruinas y cien acciones gloriosas se estrellan contra sus muros.

Del pasado esplendor subsisten esos lienzos a punto de derrumbarse bajo el viento convulso... Muere, en silencio y solo, el heroico monumento que luchó impá-

vido en las épicas batallas.

Tremola al aire un pendón hecho jirones, más expresivo aún en su mudo lenguaje que las torres cayendo en su fragor terrible...

Firme en su dolor, orgulloso y vencido, es como el corazón que, desnudo de ilusiones, sigue flotando sobre las ruinas del Sueño...